CAPITULO V

¿CUAL SERA MI ETERNIDAD?

DEBO PREPARAR SERIAMENTE MI ETERNIDAD POR TRES RAZONES:

1.ª Por ser la cuestión más importante.

2.ª Por ser la cuestión más personal.

3.ª Por ser de consecuencias irreparables.

Para prepararme, Dios me concede: tiempo, gracia y libertad.

¿CUAL SERA MI ETERNIDAD?

No hay cuestión que más nos interese. Por ser: 1.ª, la más importante; 2.ª, la más personal, y 3.ª, de consecuencias irreparables.

1.ª ES LA CUESTION MAS IMPORTANTE

Y a la verdad, ¿qué son en su comparación todas las cosas del mundo a las que se da tanta importancia?

El negocio, con todas sus ganancias. El gozar y divertirse, pasando felizmente la vida.

El hacer carrera (como dicen), subir, ganar, ser algo, mandar.

Para conseguir esto se estudia, se viaja, se trabaja y se sufre mucho; se procuran amistades que puedan ayudar; se aguantan impertinencias que no se sufren por Dios; se buscan, humillándose, influencias eficaces; en una palabra, se hacen muchos y costoso sacrificios.

Y después de tantos afanes y esfuerzos, si llega a conseguirse (que no siempre se alcanza el ideal humano), ¿cuánto va a durar? Menos de lo que se piensa; pues muy pronto, de grado o por fuerza, se tendrá

que dejar todo lo que con tanto afán se buscó.

Y el alma sola, con sus obras, buenas o malas, entrará en la eternidad pasando por el tribunal de Dios para recibir lo que durante su vida haya merecido.

¿De qué aprovechará entonces al hombre haber ganado todo el mundo, si pierde la eternidad feliz?

¡Tras breve tiempo de gozar, eternidad de sufrir!

¿QUE ES MAS IMPORTANTE?

Con razón se preguntan los (cristianos) prudentes ante las cosas que ofrece el mundo: Esto ¿qué me trae para la eternidad?

Así debe medirse el valor de las cosas que pasan, pues de cosa que acaba no hagamos mucho aprecio.

Esta vida de ahora es como una mala noche en ruín posada, que suele pasarse esperando y deseando llegar a casa.

Aquella vida de allá arriba es la vida verdadera. ¡Para siempre, para siempre jamás!

¿Hay cosa más importante?

¿Cuál será mi eternidad?

2.ª ES LA CUESTION MAS PERSONAL

Los asuntos temporales, aun los más graves y delicados, se pueden confiar a otra persona que, haciendo nuestras veces, se ocupe de ellos con actividad y acierto, mientras (nosotros) nos desentendemos casi por completo.

Pero en el negocio de nuestra eternidad no puede ser así; no se puede encargar a otro; lo hemos de tratar y resolver cada uno de nosotros. Nadie puede suplirnos.

El mismo Dios, la Virgen Santísima y los Santos pueden estimular nuestra voluntad, ayudarnos con su gracia, protegernos en tan grave negocio; mas no pueden encargarse y resolverlo sin nosotros.

Por eso dice San Agustín: "Dios, que te crió sin ti, no te salvará sin ti."

No podemos, pues, desentendernos del negocio de nuestra eternidad sin grave riesgo.

Nos interesa sobremanera darnos a él con intensidad y perseverancia, ya que es lo más importante, y de nuestra labor personal en ello depende nuestra suerte eterna, que hemos de resolver en esta vida.

3.ª ES DE CONSECUENCIAS IRREPARABLES

Sube de punto la importancia que tiene el preparar nuestra eternidad al considerar que es de consecuencias irreparables.

En los negocios temporales, cuando alguno sale mal, muchas veces cabe reparación: un pleito que se ha perdido puede ganarse en la apelación a un tribunal superior. Pero el asunto de nuestra eternidad se resolverá de una vez para siempre, sin remedio ni apelación.

"A la parte que caiga el árbol, dice la Sagrada Escritura, allí quedará para siempre."

Esto es: la sentencia que recaiga sobre el alma en cuanto salga del cuerpo y comparezca delante de Dios, esa se cumplirá eternamente sin apelación.

Si la sentencia es favorable y gano la eternidad feliz, todo está ganado; pero si la pierdo, todo está perdido.

¿Hay algo en el mundo ni en mi vida que pueda compararse en importancia al negocio de mi eternidad?

¡Las consecuencias son irreparables!

¿Cuál será mi eternidad?

PARA MERECER LA ETERNIDAD FELIZ DIOS NOS CONCEDE: TIEMPO, GRACIA Y LIBERTAD

1.º **Tiempo,** que es una sucesión de momentos, de los cuales sólo disponemos del momento presente, pues el momento pasado ya no existe; el porvenir, ni está a nuestra disposición ni sabemos si llegará a estarlo.

Por lo tanto (podemos decir que) el tiempo disponible es el **momento presente.**

¡Qué velozmente pasa!

¡Cuán fácilmente se pierde!

¡Y tanto como vale!

Pues en verdad se ha dicho que el tiempo vale tanto como la sangre de Jesucristo, tanto como la eternidad, tanto como Dios.

Ya que en un momento de tiempo aprovechado se pueden merecer los frutos de la redención, la eterni-

dad feliz, la posesión eterna de Dios.

Si los infelices condenados dispusieran del tiempo que nosotros perdemos, el infierno quedaría vacío; pero en el infierno ya no hay salvación; aquí, sí.

Por eso no debemos olvidar que esta vida es tan sólo preparación para la eterna.

El tiempo es como un puente que Dios ha puesto entre la nada y la eternidad; entre la nada de donde venimos y la eternidad a donde vamos. Nos interesa, pues, sobremanera aprovechar el tiempo con relación a la eternidad.

Y si los del mundo, para activarse y aprovechar el tiempo, dicen: "El tiempo es oro", el cristiano debe decir: "Del tiempo depende mi eternidad."

2.º **Gracia.** Dios nos concede su gracia, que es un don sobrenatural que El infunde en el alma, para que por ella vivamos la vida divina y podamos vencernos para servirle y merecer la vida eterna.

Pues sin la gracia, ni el nombre de Jesús podríamos pronunciar con mérito.

Nos concede primeramente la gracia en el Bautismo.

Se llama santificante y habitual porque nos purifica y santifica a los ojos de Dios y permanece en el alma mientras ésta no la pierde **voluntariamente** por el pecado mortal.

Dios, por su misericordia, concede otra vez esta gracia en el sacramento de la penitencia a las almas que, habiéndola perdido por el pecado, vuelven a El

debidamente dispuestas y arrepentidas.

Esta gracia santificante se puede aumentar cada vez más en el alma por los Sacramentos (de vivos) que se reciben en estado de gracia, especialmente por la **absolución frecuente y la comunión.**

Dios nos concede también para nuestra perfección **gracias actuales,** que son impulsos interiores **transitorios,** como si dijéramos **soplos** del **Espíritu** para que la barquita de nuestra alma, si tiene la vela extendida, esto es, la voluntad bien dispuesta, avance en su camino hacia Dios.

Las almas indolentes pierden muchas de estas gracias; las almas fieles siguen el impulso del Espíritu.

Dios nos dice que envía estas gracias actuales a los mismos antros tenebrosos de los pecadores, en forma de remordimientos, para atraerlos como al hijo pródigo.

A todos concede las gracias **suficientes** para salvarse; pero ¡cuántos son los que resisten y desprecian estas gracias!

Un grado más de gracia proporcionará eternamente un aumento de gloria inefable.

Por lo mismo, lo hemos de apreciar más que todas las cosas del mundo.

Digamos con agradecimiento (y como saboreando) la frase del Apóstol San Pablo: "Por la gracia de Dios soy lo que soy."

3.º **Libertad.** A la gracia ha de acompañar la libertad para poder merecer, pues sin libertad ni seríamos responsables de nuestros actos ni tendríamos mérito

alguno.

Por eso, la Iglesia, presentándonos el mérito de los santos, nos dice de cada uno "que pudo **traspasar** la voluntad de Dios y no quiso".

Está, pues, el mérito en que **pudiendo** apartarse de Dios, no se apartaron: ¡usaron bien de su libertad!

Pero esta noble cualidad, que Dios nos concede precisamente para merecer una eternidad feliz, es la que pierde a muchos que gritan: ¡Viva la libertad!, para no hacer caso alguno de la voluntad de su Dios.

Es cierto que Dios mismo respetan nuestra libertad, pero no es menos cierto que al fin nos pedirá estrecha cuenta del uso o abuso que de ella hayamos hecho.

Mira bien, oh cristiano, lo que haces.

Con santo temor de Dios aprovecha tu tiempo, la gracia y tu libertad, pues de esto depende tu suerte eterna.

De lo dicho en este capítulo hemos de sacar la consecuencia práctica que señala el Apóstol San Pablo: "Con temor y temblor, procurad estar siempre en gracia para asegurar vuestra salvación."

CAPITULO VI

ESPIRITU DEL IDEAL DEL CRISTIANO. AMOR.

¿Qué es amor?

¿Para qué existo?: Dar gloria a Dios, agradar a Dios.

ESPIRITU DEL IDEAL DEL CRISTIANO

AMOR

Sentado el fundamento del santo temor de Dios, sigue la Iglesia edificando sobre él nuestra formación, y nos dice:

Dios es tu Padre; le has de servir con amor y confianza de hijo, bien convencido de que el compendio de toda su ley y su Evangelio es amor:

Dios nos ama, debemos amarle

Si la suma de la ley y del Evangelio es amor y el espíritu del ideal del cristiano, tomado del mismo Evangelio, ha de ser también amor, nos interesa ante todo saber clara y concretamente.

¿QUE ES AMOR?

La Sagrada Escritura nos dice que "Dios es amor".

Ahora bien, Dios, que es Amor (y Dios), no es materia; luego el amor no puede ser algo material, no puede consistir en las **impresiones sensibles.**

Tampoco puede consistir el amor en **recibir** consuelos y fervores, porque Dios, amor eterno, no podía recibir nada de nadie, porque nadie existía.

El es el principio de todo.

Y precisamente porque es Bondad y Amor eterno, tiende a comunicarse, a **darse**; y por amor **da** el ser a las criaturas y se da a las capaces de recibirle.

Por eso el Evangelio de San Juan expresa este pensamiento en aquella frase sublime y gráfica: "Dios nos amó y se nos dio."

Luego **amar** no es sentir, ni recibir consuelos y fervores, sino **darse.**

Y no decimos **dar** nuestras cosas, sino **darnos.**

Esto es: **entregar nuestra voluntad** para cumplir la de Dios.

Por lo mismo, a la pregunta: ¿Quién ama a Dios? Se contesta:

Quien cumple su voluntad, quien guarda sus mandamientos.

No se dice: quien siente grandes fervores, quien reciba de Dios extraordinarios consuelos, sino quien **se da.**

Y cuanto más completamente se da al cumplimiento de la voluntad de Dios, aunque no sienta fervor ni gusto, ni consuelo alguno, tanto más en verdad se dice que ama, porque entonces más se esfuerza en cumplir en todo la voluntad de Dios.

Te ha criado Dios **para El mismo.**

No existo, pues, para mí (para hacer lo que se me antoje), ni para otra criatura alguna, ni para el mun-

do: "he nacido para cosas mayores."

¿PARA QUE EXISTO?

Dios mismo nos contesta diciendo: "Te he criado para que me des gloria."

Luego mi razón de ser es **dar gloria a Dios.**

Para esto me dio el ser, para esto existo.

Si lo consigo durante mi vida, lo he conseguido todo; si no (por más que tenga y figure en el mundo), no tengo nada, no soy nada delante de Dios, he perdido lastimosamente el tiempo de mi vida.

Si no quiero perder, pues, el tiempo y la eternidad, debo proponerme muy en serio dar gloria a Dios.

He ahí el ideal del cristianismo.

DAR GLORIA A DIOS

Hemos dicho antes que nuestra razón de ser es dar gloria a Dios.

El mismo Jesucristo nos dice que El no busca su gloria, sino la gloria de su Padre, que le ha enviado.

Ahora bien, ¿cómo glorifica a su Padre?

Notemos bien la gran lección que nos da Jesús diciendo:

"Hago siempre lo que agrada a mi Padre."

He ahí el camino para darle gloria: **agradar a Dios.**

Camino sencillo, seguro y asequible a todos.

Es el camino que siguió Santa Teresita y que han seguido tantas otras almas y que debiera seguir todo

cristiano.

Para ello no necesitamos hacer muchas cosas, ni grandes penitencias, ni cosas extraordinarias, sino seguir el ejemplo de Jesús.

AGRADAR A DIOS

Jesús agradó siempre a su Padre, porque desde su entrada en el mundo se puso en manos de su Providencia para hacer siempre su voluntad, y siguió siempre este camino hasta la muerte.

Y tan perfectamente obedeció, que al morir pudo manifestar desde la cruz que había cumplido **todo** lo que su Padre había dispuesto: "Todo se ha cumplido."

Luego si Jesucristo agradó a su Padre siendo obediente hasta la muerte, el camino para agradar a Dios es hacer siempre su divina voluntad.

Dios, humanado, obedece siempre; lo reduce todo a obedecer, obedecer hasta la muerte.

¡Qué grande es delante de Dios obedecer siempre a su plan!

Es lo único que le agrada.

Lo único que le glorifica.

Sublime aspiración de todo buen cristiano.

Si tengo a Dios contento, ¿qué importa lo demás?

Dios Padre se recreaba contemplando a su Hijo en el mundo, y dijo: "Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo mis complacencias."

Ahora he de ser yo, hijo de Dios por la gracia,

quien le agrade, de tal suerte que venga a tener en mí también sus complacencias.

Dios tiene siempre ante su vista a las almas todas, contempla sus actos y penetra hasta las más íntimas intenciones.

Si ve que mi intención es pura y recta, que **miro a El en todo**, con deseos de agradarle, entonces tiene en mí sus complacencias.

Dios está contento de mí. ¿Cabe aspiración más grande? ¿Cabe dicha mayor?

¡Un alma que en todo mira a Dios y le agrada; y Dios, que, contemplando a esa alma, se recrea en ella!

Si tengo a Dios contento, ¿qué importa lo demás?

CAPITULO VII

HACER LA VOLUNTAD DE DIOS

Voluntad de Dios escrita.

Hablada.

De beneplácito.

HACER LA VOLUNTAD DE DIOS

Dirá alguno: yo bien quisiera agradar a Dios haciendo su voluntad, pero ¿cómo sabré yo siempre lo que es voluntad de Dios?

No está la dificultad en conocer la voluntad de Dios, sino en ser fiel siempre a ella.

La voluntad de Dios se nos manifiesta de tres maneras: **escrita, hablada** y de **beneplácito.**

1.ª VOLUNTAD DE DIOS ESCRITA

Es la contenida en los **Mandamientos** para todos los cristianos.

La **Regla** o **Reglamento** para los que viven en comunidad.

El plan de vida aprobado por el Director.

Y los **deberes propios** de cada estado.

El deber de cada momento nos presenta la voluntad de Dios.

El que es fiel siempre en esto, agrada siempre a Dios y se santifica.

Tenemos el ejemplo de San Juan Berchmans, que llegó a gran santidad cumpliendo fielmente y por

amor su **Regla.**

Y dijo el Papa León XIII, al canonizarle, que no tendría inconveniente en canonizar a todos los que, estando sujetos a una Regla, la cumplieran con la fidelidad con que la había cumplido dicho santo.

2.ª VOLUNTAD DE DIOS HABLADA

Es la que se nos manifiesta por medio de los **Superiores**, pues ellos nos hablan en nombre de Dios.

La obediencia a los padres y **superiores** no se ha de basar en la prudencia o prendas personales que puedan hacer agradable la obediencia, sino en el espíritu de fe, esto es: en que son los representantes de Dios y, por lo mismo, nos manifiestan su voluntad.

Obedeciendo, pues, con este espíritu de fe, tenemos la seguridad de que estamos agradando a Dios.

En todo aquello que se refiere a la religión y costumbres cristianas, hay que obedecer al Papa, al Prelado y al Párroco con el mismo espíritu de fe, ya que este espíritu sirve de termómetro para medir los grados de espíritu cristiano.

Dijo Jesuscristo a sus discípulos al enviarles a predicar su doctrina:

"Quien a vosotros oye, a Mí me oye, y quien a vosotros desprecia, a Mí me desprecia."

¿Qué diremos, pues, de la conducta de aquellos cristianos que no obedecen a la Iglesia en lo tocante a modas, bailes, lecturas y otras costumbres paganas? Y los hay que aún protestan de que el Papa se meta

—como dicen— en esas cosas.

Como si no fuera un deber de la Iglesia velar por el bien espiritual de las almas.

Dios quiera que muchos hijos de la Iglesia formen su conciencia, harto deformada, con este espíritu de fe y de obediencia, librándose ya de los efectos perniciosos de esa larga campaña de difamación que ha venido sufriendo la Iglesia Católica en estos tiempos.

Y que no olviden las palabras de Jesús a sus discípulos: "Quien a vosotros desprecia a Mí me desprecia."

3.ª VOLUNTAD DE DIOS DE BENEPLACITO

Se llama así la que Dios manifiesta: a) Por los **impulsos** interiores **de la gracia**; a saber: un pensamiento de hacer una cosa buena, acompañado de un impulso interior de ser fiel para agradar a Dios.

Pero solamente se ha de seguir lo que se vea, sin ninguna duda, que Dios lo pide; apartando toda preocupación y lo que viene con duda, pues sería perjudicial para la buena formación cristiana.

Como regla general puede tenerse que lo que Dios pide nunca se opone a la obediencia, ni al deber del momento presente, y si no se sigue, causa remordimiento.

Suele pedir el Señor pequeños actos de caridad, de vencimiento propio, genio, pereza, ímpetus naturales; mortificación de sentidos, del amor propio, etc.

b) Por la acción de Dios, mediante los **elementos** de

la naturaleza: frío, calor, vientos, etc., y todo género de molestias y enfermedades.

En todos estos casos, después de poner los medios ordinarios para evitar o remediar buenamente lo que podamos, hemos de aceptar sin queja, como voluntad de Dios, todo lo que así nos molesta o mortifica.

En esto se apoya aquel propósito de San Francisco de Sales: "No me quejaré de nada ni de nadie."

Este fue el camino de Santa Teresita, que si bien es un martirio lento, es el camino de la propia purificación y santificación.

Es una misericordia de Dios todo lo que de esta suerte nos envía para purificarnos. Ya que en el cielo nada puede entrar manchado; y lo que no se purifica aquí ha de ser purificado en el purgatorio de fuego, sufriendo inmensamente más y sin mérito alguno para el alma.

En cambio, las molestias de cada día, si se ofrecen a Dios por amor, nos purifican, nos quitan el otro purgatorio y aumentan el mérito y la gloria del alma.

Por eso las hemos de aprovechar como una gran misericordia de Dios.

c) **Las permisiones de Dios.** Son las contrariedades y molestias que nos vienen por algún desorden que Dios no quiere, pero lo permite, para que ejercitemos la virtud y nos aprovechemos.

Nos vienen con frecuencia de personas de la misma familia, ya de algunos amigos y también de los enemigos.

Ciertamente que Dios no quiere en ellos el desor-

den o falta que nos mortifica; pero lo **permite** para que, aceptando y sufriendo sin queja aquello que buenamente no podamos evitar, nos purifiquemos según los deseos de Dios.

Estas permisiones de Dios, a las veces desconciertan hasta a los más esforzados y decididos.

Quisieran entonces, como en otro tiempo los hijos del Zebedeo, que bajara fuego del cielo y acabara con los enemigos del Señor.

Este deseo de venganza tuvo entonces aquella reprensión de Jesús: "No sabéis a qué espíritu pertenecéis."

Aquellos mismos discípulos, "hijos del trueno", después que recibieron al Espíritu Santo y entendieron toda la doctrina de su Divino Maestro, pensaban, sentían y obraban muy de otra manera.

Supieron sufrir, amar a los enemigos y morir gloriosamente por la fe.

¡Merecen bien de Dios los que saben aprovechar todas sus permisiones!

CAPITULO VIII

ASPIRAR SERIAMENTE A SER CADA VEZ MEJORES A LOS OJOS DE DIOS.

ASPIRAR A SER MEJORES

Al conocimiento del fin que Dios nos ha señalado y del camino que a él conduce, debe acompañar un ardiente deseo de conseguirlo.

Pues como hay que ir contra las inclinaciones naturales desordenadas, sin ese ardiente deseo no se proseguirá el camino.

De ahí la necesidad de aspirar seriamente a ser cada vez mejores a los ojos de Dios.

Donde ese deseo existe, Dios realiza su obra.

El ha dicho: "Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia (de perfección), porque ellos serán hartos (lo conseguirán cumplidamente)."

De los que tienen este hambre de perfección dice la Santísima Virgen en su cántico: "A los hambrientos colmó de bienes."

Hemos de aspirar, pues, siempre a más hasta conseguirlo **todo.**

El **todo** (en que está precisamente nuestra perfección) es el cumplimiento del plan de Dios en nuestra alma.

Esa es la meta. Ahí hemos de aspirar como campeones toda la vida.

CAPITULO IX

EL PLAN DE DIOS.
(DEBO ASPIRAR A TODO.)

EL PLAN DE DIOS

Los decretos de Dios, como El, son eternos.

Desde toda la eternidad Dios pensó en mí y decretó darme el ser que tengo.

Por lo tanto, ocupo desde el principio un lugar en el pensamiento de Dios; y lo que es más, ocupo desde entonces un lugar en su corazón.

El me lo dice: "Te he amado con amor eterno."

Por ese mismo amor decretó mi creación. Y con la determinación eterna de darme el ser trazó sobre mí **su plan.**

Plan de Dios sobre mi alma, que he de realizar libremente, con nobleza y amor de hijo; y que debería cumplir con la fidelidad y exactitud de que me dan ejemplo los demás seres de la creación.

¿Quién no admira alguna vez el orden maravilloso de los astros y demás seres de la naturaleza, las leyes puestas por el Creador y la exactitud con que se cumplen?

"Les puso leyes que no fallan."

Pero como estas criaturas materiales carecen de libertad, siguen necesariamente y sin mérito el camino trazado por Dios.

Sólo el hombre, criatura racional, el ser más perfecto que Dios ha puesto en el mundo visible, el único capaz de conocer y de amar a su Creador, está dotado de libertad para que pueda obedecer con mérito.

Pero, abusando de su libertad, es el único que se aparta de su camino y deja incumplido el plan de Dios, del cual se le pedirá, al fin, estrecha cuenta.

Dios trazó su plan sobre su Hijo para la redención del mundo, y lo manifestó muchos siglos antes por medio de los Profetas.

Llegada la hora de la Providencia, nace el Hijo de Dios, Jesucristo Nuestro Señor, y dándonos ejemplo de entrega y fidelidad a su Padre, le dice al entrar en el mundo:

"Heme aquí, Padre mío, que vengo para hacer tu voluntad."

Y en todos los momentos de su vida brotan de su espíritu aquellas palabras: "Así sea, Padre mío, porque así a Ti te agrada." De esta suerte fue Dios glorificado en su Hijo y el plan de la redención cumplido.

Unido al de Jesús va el plan de Dios sobre la Virgen Corredentora.

Dios lo manifestó a la Virgen por medio del Arcángel, y María, fidelísima como nadie, lo acepta con aquel **fiat** (hágase) tan fecundo, que la hace digna Madre de Dios y Corredentora nuestra.

Por esta entrega, unión y fidelidad a la voluntad de Dios de cada momento, agradó la Virgen siempre a Dios y cumplió exactamente su plan.

Ahora bien, el plan que Dios tiene sobre cada uno,

y que nos manifiesta cada día en su voluntad del momento presente, exige una consagración completa y una fidelidad perseverante, teniendo por norma la de Jesús y la de María.

¡Cuántos cristianos llegan a la muerte sin haber cumplido el plan de Dios!

Y tal vez se pregunte alguno: Los que después de algunos años de vida superficial o mundana vuelven a Dios y se le consagran de veras, ¿cómo podrán cumplir todo el plan de Dios después de tanto tiempo perdido?

La respuesta es muy alentadora.

Pues Dios es tan misericordioso y desea tanto cumplir su plan en cada una de las almas, que cuando un pecador se arrepiente de sus pecados, no solamente se los perdona y olvida, sino que le trata según las disposiciones presentes.

De suerte que si tal cristiano se esmera en reparar, Dios le concede todas las gracias atrasadas que no le pudo conceder por sus infidelidades, y así realiza su obra.

Ejemplos de estos tenemos en San Agustín, Santa Margarita de Cortona, Santa María Magdalena, San Gabriel de la Dolorosa y tantos otros que han tenido que rectificar los principios de su vida.

Nadie debe desalentarse por mucho tiempo que haya perdido, sino decir con el Profeta: "Señor, ahora empiezo."

CAPITULO X

FLAQUEZA HUMANA: NECESIDAD DEL CONOCIMIENTO PROPIO.

Todos somos del mismo barro. Dios, que nos creó de la nada, nos santifica sobre nuestra nada.

FLAQUEZA HUMANA

TODOS SOMOS DEL MISMO BARRO

Antes de exponer los medios que hemos de emplear en el camino indicado para conseguir nuestro ideal, conviene insistir un poco más en algo muy importante.

Esto es: Que los cristianos fieles a Dios, que cumplieron todo su plan, y nosotros, somos del mismo barro.

Todos llevamos el mismo desorden en la naturaleza que dificulta la obra de la gracia.

Por efecto del pecado original nuestros primeros padres fueron despojados de la gracia santificante, y quedó, además, herida o desordenada su naturaleza; a saber: las pasiones se rebelaron contra la razón y la razón contra su Dios.

Esta herida en nuestra naturaleza es la que luego señala el Evangelio en las tres concupiscencias: concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida: sensualidad, ambición y orgullo.

Esta impedimenta, que todos arrastramos, es la herencia de nuestros primeros padres.

De aquí que los santos sintieron la misma rebeldía de pasiones que nosotros, y encontraron en su camino las mismas dificultades que los demás, pues todos somos del mismo barro.

Notemos, además, que estas torcidas inclinaciones causan en todos muchas faltas involuntarias: unas por inadvertencia y otras por debilidad.

Decimos involuntarias porque cuando la voluntad es recta y decidida, esto es, unida a la voluntad de Dios, y resuelta a vencer todas las dificultades del camino, las faltas que se le escapan son involuntarias y no **impiden la obra de la gracia.**

Sirven para ahondar en el conocimiento propio y mantenerse el alma en humildad

Por eso nadie debe extrañarse de la rebeldía que siente contra el espíritu, ni acobardarse, ni mucho menos desconfiar de poder conseguir lo que otros han conseguido.

Y no hay que esperar a que desaparezcan las malas inclinaciones y faltas involuntarias, sino que se ha de proseguir el camino, sin malhumor ni pesimismo por las saludables miserias que alimentan la humildad.

Lejos de nosotros también menospreciar al que veamos desalentado o caído, pues en el cielo hay muchos Santos que después de las caídas se hicieron grandes amigos de Dios.

Hemos de repetir con San Agustín, viendo a los que, venciendo dificultades, arrebataban el Reino:

"¿Y yo no podré lo que éstos?"

A esta consideración siguió el esfuerzo, reparó el tiempo perdido y fue santo.

CAPITULO XI

TODO LO PUEDO EN AQUEL QUE ME CONFORTA.

Se ha de desconfiar mucho de sí mismo.

Debemos poner toda nuestra confianza en Dios.

TODO LO PUEDO EN AQUEL QUE ME CONFORTA

Aunque sabemos que de cosecha propia somos tan impotentes y miserables que nada podemos **obrar sobrenaturalmente**, y sí muy a propósito para todo lo malo, con todo somos naturalmente presumidos y nos apoyamos demasiado en nosotros mismos y en los medios que ponemos para conseguir lo que deseamos.

Esta presunción o confianza propia es un gran estorbo para la obra de Dios en nuestra alma.

Al contrario, la desconfianza de nosotros mismos y de los medios que aplicamos para conseguir nuestro ideal es un medio muy propio para que Dios obre en nosotros y lo realice completamente.

Por eso, y para inspirarnos esta disposición necesaria, nos dice el Señor en su Evangelio:

"Sin Mí nada podéis hacer" que tenga mérito alguno en el orden sobrenatural, y añade aquella comparación tan expresiva:

"Así como el sarmiento no puede dar uva si no está unido a la vid, de la que recibe su savia, virtud y vigor; así nosotros no podemos hacer la menor obra buena si no estamos unidos a Jesucristo por la gracia, que

nos da el poder para lo bueno."

De aquí el Apóstol San Pablo saca la consecuencia de que no podemos tener el menor pensamiento o deseo bueno, ni pronunciar el nombre de Jesús con mérito, sin la asistencia del Espíritu Santo.

Así que para conocernos a nosotros mismos, para ver y apreciar las cosas como son a los ojos de Dios, para vivir de la verdad venciendo pasiones y halagos engañosos del mundo, necesitamos del auxilio de las gracias divinas, igualmente las necesitamos para hacer actos meritorios de fe, de humildad, de contrición, de amor, etc.

¿Puede ser mayor nuestra impotencia para todo lo sobrenatural?

Pues así nos lo enseña Jesucristo y luego la Santa Iglesia lo declaró verdad de fe contra los herejes pelagianos.

Cuando el cristiano se detiene a considerar esta verdad tan importante, comprende la gran miseria propia, su absoluta impotencia y hasta su nada delante de Dios, y clama como el Profeta:

"Señor, soy pobre y sumamente necesitado." "Ten misericordia de mí porque soy muy débil."

Entonces precisamente es cuando lo puede todo con la virtud y poder de Dios, que le conforta; entonces es cuando, poniendo en Dios toda su confianza, llega a ser en sus divinas manos un instrumento capaz de todo, no sólo para su propia santificación, sino también para la de sus prójimos.

Así se cumple aquello que dice el Apóstol:

"Cuanto más flaco e inútil me reconozco, entonces más puedo."

En efecto, así como Dios, en el orden natural, se ha complacido en criar de la nada todas las cosas con tanta variedad y hermosura, así en el orden de la gracia tiene sus complacencias en levantar hermosos y elevados edificios de santidad sobre almas profundamente abatidas en el conocimiento de su miseria e imposibilidad para lo bueno; y al verlas tan llenas de humilde desconfianza de sí mismas, las llena de su gracia, realiza en ellas su plan de santificación y se sirve de ellas como de instrumento apto para la conquista de otras muchas almas.

Reconozcamos, pues, que si no avanza en nosotros la obra de la gracia según los deseos de Dios, es por la estimación propia que nos domina y la falta de desconfianza en nosotros mismos; y que si muchas veces nuestras obras de celo no dan el fruto deseado, es porque nos apoyamos en nuestras cualidades naturales y no echamos la red en nombre de Dios.

El Señor nos conceda la provechosa desconfianza de nosotros mismos.

DEBEMOS PONER TODA NUESTRA CONFIANZA EN DIOS

Si la desconfianza propia no fuera acompañada de la confianza en Dios, degeneraría en pusilanimidad y pesimismo y nos pondría en el miserable estado de una cobarde inacción.

Por eso, para hallarse en estado de trabajar provechosamente en la propia perfección es menester tener grande confianza en Dios.

A este propósito dice el Profeta:

"Los que esperan a Dios, jamás serán confundidos."

"A proporción de lo que esperamos en Dios, se derramará sobre nosotros su misericordia."

Y el Profeta Isaías, añade:

"Los que esperan en Dios mudarán de fuerza", que es como decir que llegarán a ser fuertes con la misma fortaleza divina, de la que serán participantes por su confianza en Dios.

El les dará alas de águila para volar hacia la perfección; ellos correrán y volarán sin trabajo ni fatiga.

Pero, sobre todo, qué de poderosos motivos de confianza no nos propone Jesucristo en pocas palabras:

"Vuestro Dios es vuestro Padre y sabe todas vuestras cosas, vuestros deseos y vuestra gran necesidad."

Es omnipotente: ¿Podrá faltarle poder para asistirnos y ayudarnos?

Veamos ahora la disposición de su voluntad para con nosotros:

"Es el mejor de todos los padres"; por eso decía Jesucristo excitando a la confianza:

"Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre Celestial **dará** el **buen espíritu** al que se lo pida?"

Y como si esto fuera poco, para que nos sintamos

como envueltos por un amor que excede infinitamente a la más cariñosa de las madres, nos dice Dios por el profeta:

"Una madre jamás puede olvidar al hijo de sus entrañas, mas si ella le olvidara, yo jamás os olvidaré."

Si tal es el amor que nos tiene, y así desea nuestro bien y puede todo lo que quiere, ¿qué confianza no deberemos poner en el amor y omnipotencia de nuestro Padre Dios?

Las cosas más difíciles le son fáciles; las que nos parecen imposibles, no lo son para su gran poder.

De consiguiente, por más graves que sean los males y enfermedades de nuestra alma, no le son incurables.

Por muchas y extremas que sean nuestras necesidades, no igualan a la riqueza y poder de su amor y omnipotencia, que las excede infinitamente.

Por violentas que sean nuestras pasiones, sabrá muy bien domarlas.

Por más arraigados que estén nuestros malos hábitos y costumbres, podrá igualmente amansarlos.

Por muchos y graves que sean nuestros pecados, tiene sobrado poder y misericordia para perdonarlos; pues como canta la Iglesia, Dios hace particularmente gala de su omnipotencia perdonando a los pecadores.

Así, pues, por más débiles e imperfectos que seamos, nos podrá llevar de la mano, con la asistencia de su gracia, al grado de perfección que ha señalado en su plan para nuestra alma y que debe ser nuestro ideal

Dios me lo promete: Jesucristo es mi fiador.

¿Puedo yo temer se me falte a la palabra sin dudar de la omnipotencia y fidelidad de Dios?

Dios, que ama y no abandona, me promete su asistencia y me manda esperarla.

Mi desaliento, pues, debe convertirse en esperanza firmé y en seguridad absoluta si yo no resisto a la asistencia de la gracia.

Qué hermosamente resumen y confirman lo dicho las siguientes palabras de Jesús a Sor Bernigna Consolata:

"Todo el secreto de la santidad está contenido en estas dos palabras: **desconfiar** y **confiar.**"

"Desconfía siempre de ti misma, pero no te detengas ahí, sube en seguida con la confianza hacia Dios; porque si soy bueno con todos, soy particularmente bueno con las almas que confían en Mí."

"¿Sabes cuáles son las almas que gozan más de mi bondad? Son las que confían más en Mí."

"Las almas confiadas arrebatan mis gracias."

"Es indecible el placer que me causa un alma confiada."

Pidamos con insistencia al Señor que nos conceda ese amor de confianza.

¡Dichosas las almas que lo viven!

Repitamos muchas veces: Sagrado Corazón de Jesús, en Vos confío.

CAPITULO XII

VIDA DE PROVIDENCIA DEL CRISTIANO.

Perfección de la vida de Providencia.

VIDA DE PROVIDENCIA

Una característica del cristiano de espíritu y verdad ha de ser la vida de Providencia.

Esta es fruto del conocimiento del poder de Dios y del amor que nos tiene.

Dichoso el cristiano que después de cumplir su deber se deja en todo al cuidado y Providencia de su Dios.

Jamás le olvidará el Señor: y puede tal cristiano repetir con el Profeta:

"El Señor me rige y me gobierna, nada me faltará."

Si Dios me defiende, ¿a quién temeré? Bajo las alas de tu Providencia esperaré hasta que pase la iniquidad.

¿No está Dios obligado por su honor a mirar por quien de esta suerte en El confía?

Ninguna cosa demuestra mejor el alto concepto que el cristiano tiene de la bondad de su Dios, que la confianza que pone en su infinito poder.

Y nada agrada tanto a Dios como esta confianza, que es la llave que abre los tesoros de la infinita misericordia y Providencia.

Por el contrario, los cristianos sin vida de Providen-

cia demuestran que se fían muy poco de Dios; y de los que así prescinden de El se queja el Señor por el Profeta, llamándoles desertores de su Providencia.

"¡Ay de vosotros, hijos desertores, que habéis formado ideas y proyectos sin consultarme ni contar conmigo!"

"¡Ay de vosotros, que en vuestras empresas huís y os apartáis de mi conducta!"

A estos que así proceden les falta la bendición de Dios. Y ¿por qué les falta?

Porque lejos de sujetarse a la conducta de Dios, prescinden y se apartan de El; y Dios, para castigar su necia presunción, los abandona a su propia conducta, y de ahí les viene toda su desgracia e infelicidad.

Al contrario, los que ponen toda su confianza en Dios y se abandonan en brazos de su Providencia, reciben largamente sus bendiciones; son los instrumentos aptos para sus obras divinas (aunque estén menos dotados de otras cualidades humanas). Y si los somete a la prueba de la tribulación, la reciben con paz y la sufren con gran mérito. Saben que Dios no los abandonará, porque se han puesto enteramente en sus manos.

Más todavía, saborean aquellas palabras tan regaladas que dice el Señor para los atribulados:

"Con él estoy en la tribulación, le libraré y le glorificaré."

Y, en consecuencia, estas almas, en medio de la prueba, descansan en la Providencia de Dios como un tierno infante en el regazo de su cariñosa madre.

Y nos dicen con su ejemplo:

"Arrójate al seno de la Providencia de Dios, y está bien seguro que no se retirará para dejarte caer."

Dichoso el cristiano que se halla así dispuesto; él encuentra en cierta manera el paraíso en la tierra.

Goza de la paz y tranquilidad de la gloria incoada.

Y si no gozamos todos de esa paz y felicidad es porque, olvidando el poder y bondad de Dios, con vanos temores e inquietudes y hasta con reflexiones poco cristianas y excesivas precauciones, damos bien a entender que desconfiamos no poco de la Providencia Divina.

PERFECCION DE LA VIDA DE PROVIDENCIA

¿A qué debe extenderse nuestra confianza en la Providencia?

En el libro de la "Imitación de Cristo", Dios responde así al alma fiel:

"Te has de resignar y abandonar a mi conducta en todas las cosas, y esto siempre, en cada instante, tanto en las cosas pequeñas como en las grandes, ninguna te exceptúo; y cuanto con mayor prontitud y perfección lo hicieses, te será mejor."

Luego sigue encareciendo lo mismo con varias razones.

Dos cosas son las que le dice el Señor:

1.ª Que se ha de abandonar en **todo** a la Providencia.

2.ª Que lo ha de hacer pefectamente.

1.ª Se ha de abandonar en **todo**: Ora sea en lo tocante a la vida natural, como es el entendimiento, salud, temperamento y fuerzas.

Ora sea en orden a la vida civil, como empleos, riquezas o pobreza, prosperidad o adversidad, honra o desprecio.

Ora sea en lo que se refiere a la vida espiritual, como vocación o elección de estado, gracias, favores, abundancia de consuelos o privación de ellos, sequedades y otras duras pruebas; entregándonos en todo esto al querer de Dios y del modo que sea su voluntad, ciñendo únicamente nuestros deseos a lo que sea de su mayor agrado y aprobación.

2.ª Se ha de practicar esto **perfectamente.**

Dicha perfección consiste en aceptar la acción de la Providencia, sin tener ni querer más razones que (ser aquello voluntad de Dios); Dios lo quiere.

Esta razón suprema impulsa a las almas rectas a correr y volar por el camino de Dios; cualquiera otra razón que se dé, cuando se manda, disminuye algún tanto el mérito de la obediencia; por eso San Juan Berchmans tenía entre sus propósitos:

"No querré que mis superiores me den razón de lo que mandan."

Los Santos Padres nos proponen al Patriarca San José por ejemplar y dechado de este perfecto abandono cuando el cielo le mandó huyese a Egipto con el Niño y su Madre Santísima.

Se le manda huir, que parece impropio de la Omnipotencia.

Inesperadamente y en hora intempestiva, se le manda lejos, sin decirle hasta cuándo, ni darle apenas tiempo para preparar lo indispensable para un viaje tan largo.

Y con todo, obedece con diligencia, con paz y rendimiento de juicio. No dice: ¿Por qué a estas horas? ¿Por qué tan aprisa y tan lejos?

Nada de esto; Dios lo quiere y basta.

Por eso podemos decir que el libro de la perfección cristiana lleva por título: "Hacer la voluntad de Dios."

No fue otro el camino de Santa Teresita; ella lo dice: "El total abandono, he ahí mi única ley."

Se perfecciona además la vida de Providencia aceptando las cosas que son contrarias a nuestra inclinación natural o conveniencia propia.

Así, en el caso de San José, dejar su casa, parientes y medios de vida; alejarse de su país, para vivir entre extraños idólatras; todo era ocasión de sacrificio que el Santo Patriarca aceptó generosamente porque esa era la voluntad de Dios.

Finalmente, hay ocasiones en las que Dios se complace en probar la fe y confianza de los suyos, sometiéndolos a pruebas que parecen contrarias a la misma razón.

Tal ocurrió en el caso del otro José, hijo de Jacob, destinado por Dios para Virrey de Egipto.

Dios le comunica su plan en aquellos sueños misteriosos; el siervo de Dios lo acepta y se entrega a su Providencia.

Y desde el principio, en que sus hermanos por celos le quieren matar, hasta el fin, apenas sale de un peligro cuando ya ha caído en otro, sin que la razón vislumbre en aquellas trazas de Dios camino alguno para cumplir su divino plan; pero José, apoyado en la palabra y poder de Dios, se fía; acepta y sufre las pruebas todas a que su Dios le somete, y al fin ve coronada su fidelidad, pasando de la cárcel al trono de Egipto.

Dios haga que nosotros, siguiendo estos ejemplos de vida de Providencia, pasemos algún día de la cárcel de esta vida al trono de gloria.